

«tambor de satisfaccion,» la gente de Suwarora viene á prosternarse á mis pies felicitándome por tan feliz éxito. Pongo se muestra al fin, despues de una noche de vacilaciones, pero con una escolta numerosa y envuelta su cabeza en un lienzo para que no le hagamos «mal de ojo.» No por eso deja de mostrarse tan benévolo como antes se habia mostrado hurao con nosotros. Sus exhortaciones determinan á cierto número de sus súbditos á alistarse con nosotros, de los cuales tenemos gran necesidad, porque acaban de huir la mitad de nuestros pagazi. Verdad es que esta gente abusó de nuestra posicion para hacerse pagar horriblemente cara. Los hombres de carga se pagan á razon de diez collares de perlas por cabeza y por jornada de marcha, lo cual viene á ser un salario diez veces mayor que el que conceden los traficantes árabes ordinariamente. La volatería abunda aquí como en todas partes, aunque no se crían aves sino para venderlas á las caravanas. Los indígenas no las usan jamás como no sea en los sacrificios adivinatorios en los cuales cortan el ave en dos pedazos para juzgar del porvenir por el aspecto de la sangre y de los huesos.

17 de octubre. *Territorio de Nyaruwamba.*—Aquí se ha repetido lo que ha pasado en el de Pongo; no quiero aceptar la vaca hasta que no esté arreglada la cuestion del tributo, pero esta precaucion no me sirve de gran cosa; tengo que habérmelas con un tunante que infringe con la mayor serenidad las promesas mas formales. Cuando obtiene todo lo que ha pedido, reclama impudentemente nuevas concesiones, ya un collar, ya un brazalete, de tal suerte que mi gente pierde la paciencia, y de buena gana arrostraría los resultados de un combate, indignados de ver que un «rey» podia faltar de tal suerte á su palabra; pero de todos modos es preciso ceder, y solo á las nueve de la noche nos anuncia el ruido del tambor que podemos seguir nuestro camino.

18 de octubre. *Frontera del Ukhanga.*—Hemos atravesado el Uzinza hasta su extremo Norte, y delante de nosotros se estiende un desierto que le separa de las posesiones de Suwarora. Instalados en una boma nos vemos pronto acometidos por aldeanos que buscan disputa á nuestra gente con la esperanza de venir á las manos y despojarnos, pero nuestros fusiles nos dan una superioridad marcada contra estos pobres diablos, y unos cuantos tiros disparados al aire les dispersan por los campos. Vuelven sin embargo á la noche completamente pacíficos, y todo parece prometernos una noche tranquila, cuando de nuevo se nos da el alerta. Trátase á la sazón de una marcha emprendida por los vuatutas, que van segun dicen á atacar á Nyaruwamba. Los pagazi alistados en el territorio de Pongo nos han abandonado ya, y perdemos un dia mas (el 19) antes de poder atravesar el

desierto, y encontrarnos en la frontera del Usui con Nyamanira, el funcionario á quien Suwarora delega sus poderes en esta parte del distrito.

## VIII.

El Usui.

Apenas nos encontramos en este nuevo territorio, nuestros cuatro mensajeros, portadores del famoso kaquenzingiriri, renunciando de improviso á su fingida cortesía, exigen perentoriamente su salario antes de dar un paso mas. Mi promesa de recompensarles ricamente cuando nos hayan conducido á presencia de Suwarora, no les hace mella alguna. Quieren inmediatamente lo que se les debe, y fijan en cuatro brazaletes el precio de su trabajo. Ni razonamientos ni amenazas logran triunfar de sus pretensiones exorbitantes. «Pueden, dicen, detenernos aquí todo un mes y darnos en cada estacion nuevos disgustos.» En el país en que estamos toda traicion es temible. Es preciso resolverse á pagar lo que piden. Despues de ellos tengo que habérmelas con Nyamanira, que une á sus funciones políticas la profesion de médico y de hechicero. En la cabeza, fijada sobre la frente, lleva la estremidad de una concha, símbolo de su cargo; y un cuernecito de oveja puesto elegantemente sobre una sien, indica su mision sobrenatural. Tiene por iglesia (uganga) un árbol en cuyas ramas se ve situado un cuerno de búfalo lleno de polvos mágicos y un casco de cebra suspendido por un hilo sobre una vasija de agua empotrada en tierra. Me permito algunas chanzas respecto de este templo tan elemental, y Nyamanira, picado, me desafía á mostrar mi poder mágico haciendo brotar un manantial. Yo me comprometo á hacerlo tan luego como él me haya dado el ejemplo, y esta respuesta, que le corta la palabra, hace reír á mi gente.

El 22 por la noche, mis guías se niegan á marchar adelante como les mandaba, á pesar del compromiso formal que habian contraído al recibir su salario. Es preciso, segun dicen, avisar á Suwarora previamente nuestra llegada. Dos de ellos quedarán con nosotros, y el tercero irá á ver al jefe. Apenas ha marchado este mensajero, llega otro mensajero oficioso llamado Makinga, el cual nos invita á pasar adelante á nombre del doctor Kiengo, su hermano adoptivo, merced al cual, Suwarora, alarmado al principio con nuestra visita, se habia determinado á recibirnos. Conozco á este Makinga, que es uno de nuestros antiguos hombres de carga que se habian presentado voluntariamente en Sorombo para desempeñar con Baraka la mision de que éste al fin no quiso encargarse cerca de Suwarora; entonces marchó solo para ir á advertir al doctor Kiengo, á quien evidentemente se debian las invitaciones que he recibido del jefe del Usui.

Makinga por lo demás, no se limitaba á estas comunicaciones, y cuando quiso marchar al dia siguiente, 23, quiso tambien someterme por su parte á contribucion. Mis protestas enérgicas y mi apelacion al jefe del distrito me desembarazaron momentáneamente de él.

El 24, despues de largos rodeos por un gran bosque, salimos á una de las partes cultivadas del Usui, compuesta de colinas redondas cubiertas de maleza, donde quiera que la mano del hombre no ha trasformado el terreno. Las aldeas y chozas de césped no están aquí rodeadas de una boma, sino simplemente ocultas entre estensas plantaciones de bananeros. Tienen mucho ganado criado por los vuahumas, los cuales se niegan á vendernos la leche, diciendo que comamos gallinas y una especie de habas llamadas maharagué.

25 de octubre. *Territorio de Vikora.*—El lector se acordará tal vez de Sirboko nuestro huésped de Mininga y del asesinato que cometió en un jefe indígena. Este último era precisamente padre de Vikora que en memoria de aquel acto, se muestra habitualmente muy riguroso con los traficantes. Sin embargo se abstiene de molestarnos en virtud de la orden expresa de Suwarora, que nos invita, por medio de nuestro mensajero, á pasar á verle lo mas pronto posible.

26 de octubre. *Territorio de Kariwami.*—Habiéndonos puesto contentos el buen proceder del jefe del Usui, subimos prontamente la montaña de Nyakasneyé, cuando al llegar á la cima nos encontramos frente á frente con un fuerte destacamento que nos exigió el precio del paso. Suwarora, segun indicios, habia mudado de parecer bajo la influencia dominante de dos de sus principales oficiales, Kariwami en cuyo territorio estamos, y Virembo, que habita á dos jornadas mas atrás, ambos á su lado en aquel momento. No teniendo otra cosa mejor que hacer, mando á mi gente plantar las tiendas y despacho á Nasib con un mensaje para «Su Alteza» con las reclamaciones mas urgentes de mi parte, diciéndole que yo no era un simple mercader, sino un príncipe su igual, que iba encargado de una mision amistosa para con él y con Rumanika. Mientras por la noche para esperar con mas paciencia la vuelta de mi embajador me ocupaba en hacer algunas observaciones astronómicas, varios ladrones audaces se introdujeron entre la maleza que rodeaba el campamento y se llegaron á dos de nuestras mujeres bajo pretexto de preguntarles lo que yo estaba haciendo. Las mujeres respondian sin desconfianza á sus preguntas, cuando aquellos miserables, arrojándose sobre ellas, las despojaron de sus vestidos y desaparecieron. Las pobres se vieron obligadas para entrar en el campamento á pasar por delante de mí en un estado de desnudez completa. Ya habia sufrido con paciencia algunos latrocinios de

poca entidad que se renovaban casi todas las noches, pero aquella vez el atrevimiento me pareció demasiado, y mandé á mi gente que disparase un tiro á cualquiera de los merodeadores que se presentase á la vista. Esta consigna, puntualmente ejecutada, produjo prontos resultados. En la noche del 26 al 27 un ladrón recibió una herida, que nos permitió á la mañana siguiente seguir hasta cierta distancia la pista ensangrentada, y de la cual, segun nos dijeron, murió algunos dias despues. Yo creí con este motivo haberme suscitado algunas dificultades; pero los «ancianos» del país vinieron por el contrario á darme las gracias. Aquel acto de valor les habia dejado tanto mas suspensos, cuanto que el ladrón era un hechicero reputado hasta entonces por invulnerable. Su muerte por lo demás, no puso término á las tentativas de robo, porque el sitio en que nos hallábamos estaba infestado de gente dispuesta á apoderarse de lo ageno. Algunos de mi comitiva, atraídos á cabañas apartadas bajo pretexto de convidarles á comer, salieron de ellas despojados de todas sus ropas. Muchas noches seguidas nuestro campamento fue acometido á pedradas. Hubo necesidad por tanto de recurrir á los grandes medios, y entonces matamos á un bandido y herimos á otros dos gravemente.

Entre tanto Suwarora se declaró inhábil para intervenir en el arreglo de los impuestos reclamados por sus vasallos. Para él no pedia nada y contaba con nuestra visita luego que sacrificando algunas frioleras quedáramos libres de aquellas exigencias subalternas. Vano cumplimiento que no me ocultaba la verdad, porque sabia perfectamente que los agentes inferiores de Suwarora apenas tomaban el uno por ciento del fruto de sus rapiñas, y todo lo demás iba á parar á la caja real. Era pues necesario salir lo mas pronto posible de entre aquellas manos rapaces, y con este objeto envié un mensajero al palacio de Rumanika con la esperanza de que este jefe tendria la bondad de enviarme su «maza» para sacarnos del Bogue. En seguida disputé cuanto pude con Kariwami, encargado de arreglar el hongo por su cuenta y por la de su colega. La discusion duró todo el dia 28 y gran parte del 29. No habia terminado cuando Bombay volvió poseido de una alegría extraordinaria diciendo que venia del campamento de Masudi, negociante árabe de quien he hablado muchas veces: «por una casualidad singular, dijo, he podido ver desde el primer dia al gran Mkama (jefe), á quien Masudi pidió en vano audiencia hace quince dias, y con quien todavia no ha podido arreglar su tributo.

—Está bien, le dije, ¿pero nos recibirá á todos?

—Eso lo ignoro, me respondió; Suwarora estaba tan borracho, que no pudo entender ni una sola palabra de lo que le dije de parte vuestra.

—¿Y por qué te felicitas tanto?

—Porque le he visto desde el primer día, mientras que Masudi, después de tantas dilaciones no ha podido obtener el mismo favor.

Nasib parecía tan maravillado como Bombay.

—No conocéis, me dijo, la etiqueta de que se rodean esos reyes vuahumas. No se parecen en nada á los que habeis podido ver en el Unyamuezi ó en cualquiera otra parte. Tienen oficiales y soldados como Said Magid, el sultan de Zanzibar.

—Y bien, repuse, dirigiéndome á Bombay, ¿qué tal te ha parecido Suwarora?

—Es muy guapo, me contestó, enteramente la estatura y la cara de Grant; si Grant fuese negro no los distinguiríais uno de otro.

—¿Y los oficiales se hallaban en el mismo estado que él?

—Ciertamente; se habían emborrachado todos juntos. El pombé circula allí desde por la mañana hasta por la noche.

—¿Y no te han hecho beber?

—Ciertamente que sí, replicó Bombay, cuya sonrisa burlona mostró sus dos filas de dientes puntiagudos; también han tratado de emborracharme, y después me han mostrado el sitio destinado para vuestro campamento. No os alojarán en el palacio, sino fuera, en un sitio donde no hay un árbol... La residencia no tiene nada de agradable.»

Era necesario sin embargo acabar con el hongo maldito, y Bombay se encargó de hacer aceptar á los dos jefes en vez de las telas que pedían y que no tenía, un equivalente en alambre. Cuando todo quedó arreglado, y en el momento que iba á ponerme en marcha, Vikora, de quien ya no me acordaba, se presentó de repente con pretensiones iguales á las de sus colegas, y perdí el día 30 en disputas para obligarle á aceptar menos de lo que aquellos habían recibido. El asunto no quedó terminado sino en la mañana del 31, en la cual, después de haber bajado á un valle pantanoso y subido á una segunda montaña, vimos al fin delante de nosotros el palacio de Suwarora. Esta habitación, cuyo cercado abraza una vasta estension de terreno, se halla situada en el centro del valle de Uthungu, y no deja de producir un efecto imponente. Le sirve de muralla un triple vallado de arbustos espinosos. La choza del jefe (á quien no doy el nombre de rey porque la soberanía del país me parece aquí repartida entre varios), es tres veces mayor que las demás. Está en el fondo del recinto, en un sitio aparte, mientras que las habitaciones reservadas á sus oficiales y servidumbre, se agrupan de distancia en distancia, separadas las unas de las otras, de manera que pueda abrigarse entre ellas el ganado que se recoge allí todas las noches.

Por la tarde un habitante del Uganda llamado

N'yamgundu vino á hacernos una visita de cumplimiento. Traía un ancho gaban hecho de pieles de antilopes muy pequeños, flexible como la cabritilla y cosido con tanto cuidado como si hubiera pasado por manos de nuestros guanteros. Las maneras de este personaje están en perfecta relacion con los cuidados que le cuesta su adorno exterior, y nos deja muy satisfechos de su persona, aunque nadie comprende lo que dice sino Nasib, el cual declara que le ha conocido en otro tiempo. Es, según parece, hermano de la reina viuda del Uganda, diputado por Mtesa, que reina actualmente en aquel país, para pedir la mano de la hija de Suwarora, célebre por su maravillosa hermosura. N'yamgundu y los oficiales que completan el personal de la embajada, detenidos aquí hace mas de un año, han visto morir á la jóven cuya mano venían á solicitar, y Suwarora, temiendo que el gran rey se vengue de su tardanza, trata de conjurar su cólera enviándole, en vez de la jóven que ha perdido, un tributo suficiente en hilo de latón. Esto me esplica el encarnizamiento con que á mí me han esplotado.

Al día siguiente, 2 de noviembre, recibí otra visita. Sirhid se presentó como el mas alto personaje del Estado. Es un jóven de buena figura, en quien se observan los indicios característicos de origen vuahuma. Su turbante y las vistosas telas de su traje producen muy buen efecto. Se espresa con afabilidad inusitada y se instala en nuestros taburetes como si desde su infancia le hubiera sido familiar el uso de semejante mueble. Le esplico con toda la dignidad de un gran personaje perseguido por contraria suerte, las duras pruebas á que he estado sometido, y me promete decirselo todo á su amo y hacer de modo que seamos tratados con menos rigor. Quise entonces hacerle para Suwarora algunos regalos escepcionales cuya importancia y rareza tuve cuidado de ponderar, como una pistola de cinco tiros, una gran caja de hoja de lata, etc., pero cuando las hubo examinado me dijo:

—«No, no mostreis desde luego estos objetos que podrian asustar al m'kama; creeria que eran máquinas de maleficio y me mandaria cortar la cabeza por haberme atrevido á presentárselas; después no se sabe lo que podria suceder.

—¿No puedo presentarme á ofrecerle mis respetos?

—No, respondió Sirhid, es preciso que yo le vea antes; no es un simple individuo como yo, sino que antes de recibir á alguno, necesita tomar sus precauciones.

—¿Por qué, pues, me ha invitado á venir?

—Supo que muchos jefes, y entre ellos Lumeresi ponian obstáculos á vuestro viaje, y queriendo saber á qué atenerse, me dijo que os enviara algunos men-

sajeros. Así lo he hecho por dos veces como sabeis. Ciertamente desea veros, pero no quiere que se hagan las cosas con precipitacion. La supersticion conserva mucho imperio sobre los hombres que como yo no tienen esperiencia del mundo.»

Sirhid añadió que pediria una audiencia para nosotros lo mas pronto posible, y después, despidiéndose, nos manifestó el deseo de llevarse el taburete de hierro en que estaba sentado; sin embargo, se retiró sin hacer objecion alguna cuando le dijimos, que



Indígena del Unyamuezi.

como no estábamos habituados á sentarnos en el suelo, no podíamos privarnos de aquel mueble.

Virembo vino á vernos el 3 con nuevas reclamaciones, contra las cuales Sirhid que entró muy á propósito, nos proporcionó excelentes argumentos; pero apenas se marchó Virembo, el hábil diplomático nos hizo entender que cuando se entremetia en arreglar negocios por cuenta de los traficantes árabes, estos

no dejaban de recompensarle con buenos regalos. La mas pequeña friolera le bastaria, pero en punto á frioleras daba la preferencia á las telas.

Diez días pasaron de este modo sin que pudiéramos adelantar nada. En el intervalo se introdujo un gran desorden en el campamento, donde la embriaguez engendraba frecuentes contiendas. También nos acosaban los vuanusui que invadian nuestra cabaña para

vernos comer y mendigaban los restos de la mesa con una maravillosa desvergüenza. No conocen el famoso *bakhshish* tan usado en Oriente, pero tienden la mano, se frotan el estómago y repiten hasta la saciedad la palabra *kanveiani* (amigo mio). Imposible es, sin embargo, guardar rencor á estos niños; algunas veces les echábamos agua para hacerles marchar, pero volvían en seguida riéndose de la chanza.

La sorda animosidad que existía entre Bombay y Baraka debía producir tarde ó temprano alguna explosión. Aunque lo prohibí terminantemente, casi todos los individuos de mi comitiva han tomado mujer en el camino: solo Bombay ha permanecido soltero. Enamorado de una jóven que ha visto al paso, tiene la desgracia de confiar el secreto á Baraka, y éste seguro de que su colega no llegaría gratuitamente á realizar su deseo, se ha puesto á espiarle de cerca todos sus pasos. En efecto, Bombay, para satisfacer las exigencias de su futuro suegro, parece haber hurtado, con el auxilio de algunos de mi comitiva, cinco paquetes de alambre, una concha encarnada y quinientos cordones de abalorio. Hoy los dos se han emborrachado y en su violenta disputa han proclamado la verdad, al través de sus esplicaciones contradictorias. Bombay al fin, ante mis reconvenções ha confesado su culpa, escusándose con la violencia de su pasión, la codicia del padre, el ejemplo de sus compañeros, etc. En el fondo, aun censurando su conducta, no he podido menos de apreciar la sinceridad de su confesion; pero las exigencias de la buena política me han hecho felicitar altamente á Baraka por la sutileza con que había sorprendido los hurtos de su compañero, hurtos que redundan en detrimento de todos, pues que al fin una vez pagados los gastos de viaje, debe distribuirse entre todos el sobrante de las mercancías. En realidad Baraka no es mas inocente que Bombay, de lo cual éste no ha dejado de darme pruebas irrecusables. He tratado de reconciliarlos, decidido á velar en adelante por mí mismo para que no me falten los abalorios.

12 y 13 de noviembre.—Bombay, completamente vuelto en su acuerdo, se ha arrojado á mis pies y luego á los de Grant, protestando que yo era su ma pap (su padre y su madre), que me debía toda su prosperidad; que si ha pecado ha sido por falta de mejor enseñanza, pero que si le perdonaba, etc., etc. Despues, consolado por algunas palabras mías, se ha decidido á tomar por mujer á la hermana de Sangizo, que le dan á crédito y pagará poco á poco de su salario, prometiendo por otra parte restituirla á su hermano luego que termine el viaje.

Por la noche se han convenido con Virembó y Karambulé las estipulaciones relativas al pago régio. He reducido sus exigencias á cincuenta paquetes de hilo de hierro, veinte piezas de tela escogida, cien

cordones de mzizima y cuatro mil de *kutuamnasi* (1), por haberse agotado mis abalorios blancos. Suwarora, que persiste en no recibirnos, nos promete en cambio mejor acogida á nuestra vuelta del Uganda; no sospecha evidentemente que he formado el proyecto de no volver á pasar por un país donde he experimentado tantas exacciones humillantes y tratamientos tan poco en relacion con las instancias que se me hicieron para ir á él. No he dejado de manifestar mi descontento á los dos negociadores, pero se han apresurado á cambiar de conversacion, reclamando los regalos que el uso atribuye á los *vuahinda* ó *vuanawanis* (los hijos del rey). Con treinta y cuatro paquetes de hilo de hierro y seis piezas de tela de primera, satisfago esta nueva exigencia.

15 de noviembre. *Kitaré*.—Se nos señala una escolta de oficiales que nos protegerá hasta la frontera. Es un gran honor sin duda, pero le debemos principalmente al terror supersticioso que infunde nuestra reputacion de hechiceros. Poco nos importa por lo demás; lo esencial es hallar en adelante una hospitalidad menos rapaz.

Subiendo las alturas que dominan el valle de Uthongu, encontramos en nuestro camino varios *cairus* ó *tumulos*, á los cuales es costumbre que cada viajero arroje una piedra. No he podido proporcionarme ningun dato positivo sobre el origen de estos monumentos parecidos á los galgas, los menhirs y los dolmens de la época druídica; me choca sin embargo que se manifiesten al entrar en un país de la esclusiva pertenencia de los *vuahumas* y que los haya visto anteriormente en el país de los Somals, que sin duda en una época anterior fue gobernado por una rama del tronco abisinio. El oficial del distrito donde acampamos, aunque reside á 10 millas de nosotros, envía á reclamar el impuesto á que pretende tener derecho. Despues de alguna resistencia me resigno á pagarlo, habiéndose comprometido mis guías á protegerme contra toda reclamacion ulterior.

16 de noviembre. *Vihembé*.—Apresurando el paso y con la alegría del pájaro que se escapa de la jaula, hemos llegado despues de atravesar un hermoso bosque, á la entrada de un valle profundo que se llama Lohugati. Sin habernos puesto de acuerdo y por un movimiento instintivo, toda la caravana se detiene ante el imponente cuadro que se ofrece de improviso á sus ojos. En el fondo de este valle cubierto de espesa sombra, una corriente de agua límpida se lanza en la direccion del N'yanza. Una vegetacion lozana

(1) Esta especie de abalorio que se llama tambien *nili* (*nili* significa vidrio, *kutuamnazi* hojas de cocotero), es una pequeña perla de cristal trasparente. El precio varía desde 6 á 11 duros las 30 libras ó la *frasilah* para hablar en la lengua del país. El *nili* es muy apreciado en el Ujiji y recibido con placer en toda la línea del centro, con tal que no se le prodigue.

y variada, árboles magníficos, entre los cuales se distingue la graciosa palmera que lleva el nombre de *pandana*, jardines de bananeros, plantas enormes de añil silvestre y de cardos, hacen de este valle una especie de paraíso frondoso, al otro lado del cual se entrevé una fila de conos rojizos, de cimas desnudas, surcadas de alto á bajo por sendas blancas y que parecen como dos gotas de agua en dos volcanes recientemente abiertos. Mas lejos aun, y dominándolo todo, están la colinas del Karagué y del Kishakka tapizadas de rica yerba.

En el momento en que volvemos á emprender nuestra marcha, atraviesa el sendero que seguimos una ave llamada *khongota*, lo cual el viejo Nasib proclama en su candoroso entusiasmo como un presagio cierto de feliz viaje. Despues de haber pasado el río, recibimos sentados en sus orillas la visita de los habitantes del valle. Jamás he visto desnudez tan completa como la suya. Las mismas doncellas en la edad de la pubertad se esponen audazmente á nuestras miradas sin pensar que en ello puede haber mal alguno. Desde allí pasamos al establecimiento de Vihembé, último que se encuentra antes de atravesar los límites del Usui.

## IX.

## El Karagué.

17 de noviembre. *Vigura*.—Feliz jornada que nos libra de muchos cuidados. Acaba de venir á vernos el oficial á quien Rumanika confía el cuidado de ayudarnos á salir del Usui. Nasib, de quien es amigo este personaje llamado Kachuchu, está radiante de alegría y ve en esta circunstancia la justificacion de los felices pronósticos que nos señalaba ayer. Por todas partes donde hagamos alto, los oficiales de cada aldea están obligados á suministrarnos víveres á espensas del rey, que no cobra ningun impuesto á los extranjeros.

Esta parte del viaje me recordaba muchos días felices que había pasado entre los tártaros ó en el valle del Thibet por donde corre el río Indo. Este país, sin embargo, es mas pintoresco, en sus colinas mas altas crece una yerba mas espesa; estas colinas se coronan de grupos espesos de acacias donde se refugian los rinocerontes blancos y negros, y en las partes bajas del valle vagan al acaso (como el *kiyan* y el *yak* domesticados del Thibet) rebaños de *harte-beasts* y magníficas vacadas. Despues, en fin, de estos placeres de la vista, hemos tenido el de ser recibidos con una hospitalidad pródiga conforme á las órdenes del rey. El jefe de la aldea nos envía carneros tan luego como sabe nuestra llegada. Las patatas dulces, las gallinas, afluyen á nuestro campo y todo lo pagamos con algu-

nos metros de tela de linó encarnado que se recibe con gratitud sin pedirnos mas.

19 de noviembre. *Segundo Urigi*.—Cuanto mas nos adelantamos, mas se manifiestan el buen orden de este país y la cortesía de los jefes que lo mandan; tenemos una libertad completa, de la que me aprovecho para cazar á diestro y siniestro en las alturas mas inmediatas. He muerto un florikan, precioso recurso para nuestra olla, y un rinoceronte blanco, el primero que he visto y al cual habría perdonado la vida si hubiese sabido que nadie quería comerlo. Los niños nos traen por centenares los gorriones á vender, lo que me recuerda ciertas historias que en otro tiempo me contaron acerca del Karagué, donde estos pájaros pululan en tan gran número, que los habitantes, para salvar sus cosechas y no morir de hambre, se ven reducidos á sembrar una especie particular de trigo, cuya amargura le libra de la voracidad de aquellos innumerables ladronzuelos. He tenido la confirmacion de esta verdad. Por la noche, ocupado en observaciones astronómicas, veo pasar cerca de mí, no sin sorpresa, una larga y ruidosa procesion, á cuya cabeza y en hombros de tres ó cuatro hombres vá una jóven envuelta en un ropaje de cuero negro. De los informes que tomo, resulta, que es una recién casada á quien van á depositar de esta suerte como empaquetada en el lecho de su esposo. Sin embargo, no se toman este trabajo sino respecto de las que son tenidas por irreprehensibles. Segun ciertos rumores que llegan á mis oídos, Masudi, el negociante árabe, de quien he hablado, ha hecho lo posible para disuadir á Rumanika de recibirnos y poco ha faltado para que consiguiese su intento, presentándonos como hechiceros muy peligrosos. Por fortuna llegamos con la recomendacion de Musa, y Rumanika se considera deudor á éste de la corona, por lo cual las observaciones de nuestros partidarios han prevalecido.

20 de noviembre. *Khouzé*.—El jefe de esta aldea, anciano, llamado Muzegi, me afirma con la mayor seriedad del mundo, que ha conocido un tiempo en que se iba embarcado de aquí á Vigura, y en que los peces y los cocodrilos del Kitangulé subían hasta el lago á cuyas orillas estamos. Pero dice que apenas murió el anciano rey, bajaron las aguas, porque indudablemente S. M. quiso que los de la posteridad mas remota sintieran su pérdida. Despues de haber dado y recibido varios presentes, este anciano me da pormenores muy curiosos acerca de los países circunvecinos. Un palo puesto en tierra, en la direccion del Sur al Norte, representa el camino que vamos á seguir y varitas de diversas longitudes, colocadas horizontalmente, indican las distancias relativas de cada localidad. Esta geografía primitiva, corregida y revisada con cuidado, me proporciona noticias útiles respecto